

EL CONTEMPORÁNEO.



Edición de Madrid.

MADRID.—12 rs. al mes en la Redacción, Administración y demas oficinas del periódico establecidas en la calle de Tragineros (Prado), núm. 20, entresuelo. También se suscribe en las librerías de Bailly-Baillière, calle del Príncipe, núm. 11; Cuadra, calle de Carretas, número 9; Lopez, calle del Carmen, núm. 29; Durán, Carrera de San Jerónimo, y en todas las demas principales librerías de esta corte.

Madrid.—Jueves 20 de Febrero de 1862.

PROVINCIAS.—15 rs. al mes y 45 el trimestre; pero es indispensable poner el importe en la Administración por una persona, ó enviarlo directamente en letra, libranza ó sellos de correos, porque las suscripciones indirectas en las administraciones de correos y principales librerías, ó girando esta empresa contra el suscriptor, cuestan 50 rs. el trimestre.—Ultramar 80 rs. trimestre, y extranjero 20 rs. al mes.

Año III.—Número 356.

MADRID.

19 DE FEBRERO.

Ya puede el gobierno recobrar su tranquilidad, porque al fin, como todas las cosas tienen su término, llegó el día de que el Sr. Mon ocupó la presidencia del Congreso.

Buen repique de campanilla ha dado S. E., como diciendo: «Aquí que no peo. Ahora verán ustedes quién soy yo.»

El Sr. Mon, al sentarse en la silla presidencial, desdobló un pliego de papel, y cuando creíamos que iba á leer nos el reconocimiento de la deuda de 1823, comenzó á recitar el discurso de gracias, que por cierto les ha hecho muy poca á los señores diputados.

«¿Qué significa esto, Sr. D. Alejandro? ¿Ya nos vemos en el estado de llevar escritos los discursos?»

Verdad es, que para que las cosas sean buenas, hay necesidad de pensarlas y meditarlas con detención, no flándose de la palabra ni de la memoria.

«Pero qué discurso, santo Dios, qué discurso! Hasta el castellano parece que se le ha olvidado á S. E., después de sus viajes por el extranjero.»

En cambio el Sr. Mon ha aprendido, según dice, que lo mejor es el sistema constitucional, bien practicado. Veremos si le da algunas lecciones al conde-duque.

De lo que no puede dársele seguramente es de gramática, porque ni al mismo conde-duque, que ya sabe todo el mundo como las gasta, se le hubiera escapado en el calor de la improvisación el siguiente parrafato:

«D. Francisco Martínez de la Rosa fué siempre poderoso auxiliar de las luchas parlamentarias que tanto contribuyeron á afianzar el régimen constitucional en España, y para muchos de nosotros nuestro jefe en ellas.»

¿Y eso que S. E. llevaba el discurso escrito! De modo que ni el hallarse profundamente conmovido le sirve de excusa en este caso.

«¿Qué tiene el vicalvarismo, que contagia á todos los que él se unen? El Sr. Mon era un orador fácil, y hasta elocuente. ¿Cómo es que ahora viene tan premioso y tan vulgar, que sus mismos amigos le desconocen?»

Sentimos el fiasco de S. S. porque, la verdad, nos duele ver como los hombres van perdiendo en importancia, conforme pierden en consecuencia.

Un periódico vicalvarista dice que no es cierto lo que ayer se indicó de que el Sr. Posada había ido á recibir al Sr. Mon.

Ya empiezan los piques de familia. Los ministros no están dispuestos á someterse á la influencia del embajador-presidente; el presidente-embajador hará lo que le dé la gana, menos hacer que el gobierno haga lo que él quiera.

«Pues no faltaba más sino que el Sr. Posada hubiera ido á recibirle! Conste, pues, que no ha ido á recibirle el Sr. Posada, ni había para qué. El se vino solito á su casa, á escribirse el discurso consabido, que, al fin, mas vale ir solo que mal acompañado.»

Los Sres. Lafuente y Monares se contentarán, por ahora, con el voto de gracias, que se les dió esta tarde, y el Sr. Mayans no sabemos con qué habrá de contentarse, como no se invente alguna combinación que tenga cabida.

El vicalvarismo es una especie de juego de caballos, por que el de la lotería primitiva. El gobierno metió á todos sus amigos en el saco y les dá vueltas. Los ministeriales hacen sus combinaciones y echan la jugada. Cada estracción sale un número premiado y gana un caballista; los demas conservan la esperanza para el siguiente sorteo.

Al número Mayans dicen que le tocará el premio gordo en una de las próximas estracciones.

A todo esto, la comisión de ayuntamientos sigue conquistando al Sr. Monares; pero este señor se ha

puesto malo, por último. ¡Vaya si se hace de rogar! La *Epoca* dice que lo probable es que se adhiere á la mayoría, siempre que se acepte una pequeña variación en la redacción del artículo que trata sobre el nombramiento de alcaldes.

En efecto, parece que S. S. desea que se le ponga una coma que le falta, no á S. S., sino al artículo. Mas fácil será de arreglar este asunto que la cuestión marroquí, de la cual saldremos con la cabeza caliente y los bolsillos vacíos.

Las cábilas se insurreccionan, pero dicen que el emperador quiere pagar, y nada mas razonable que el que el emperador les dé gusto á las cábilas.

Por lo pronto, el gobierno, según asegura un periódico, parece que tampoco ha pagado aun á los industriales que trabajaron en el palacio donde se alojó Muley-el-Abbas, y eso que no tiene cábilas que se le insurreccionen.

Tomamos la pluma bajo una impresión verdaderamente triste. Acabamos de salir de la Cámara popular y aun resuenan en nuestros oídos las timidas frases del presidente de la Asamblea. El Sr. D. Alejandro Mon, nuestro embajador en Paris, se ha dirigido á los señores diputados al ocupar la silla presidencial; pero, ¿cómo lo ha hecho? Esto es lo que el país no comprenderá sin haberlo visto; lo que nosotros no podremos decirle, porque la mano se resiste á trazar la expresión propia, y el entendimiento no encuentra palabras con que describir el angustioso estado del ánimo.

Cuando no se tienen odios en el corazón, ni venganzas que realizar, ni otra aspiración que el engrandecimiento de la patria, hasta las derrotas de los enemigos deben lamentarse, porque al fin son prueba cierta de general decaimiento.

Si todos los hombres de estado con que España cuenta, se espresaran en situación análoga como lo hizo ayer nuestro embajador en Paris, perderíamos hasta la última esperanza de fortuna y poderío. Y no se nos tache de exagerados al espresarnos de este modo, pues bien sabemos que porque un orador hable bien ó mal en un día dado, no se pierde ni se salva un pueblo; y si este pueblo es España, sus destinos están sin duda, mas altos que las palabras de un ministro, de un presidente de la Cámara ó de un general engreído por las serviles adulaciones de los débiles. ¿Pero qué hay? ¿Qué pasa? ¿Qué sucede?»

«Con cuánta razón hemos repetido muchas veces que este gobierno arco-iris achica y acobarda á todos los que le prestan su apoyo! Cada día tenemos mas motivos para sostener que es imposible acercarse al gabinete Posada-O'Donnell, sin que el ánimo vacile, y la conciencia batalle, y el temor aude la lengua; porque cuando se ignora si la política de hoy será la política de mañana, los hombres mas espermentados en las lides del Parlamento y de la prensa, no saben cómo componerse para explicar su conducta actual, sin condenar la línea de conducta que, acaso dentro de pocos dias, tendrán que seguir.»

No por otra causa que esta guardan obstinado silencio los pocos oradores algo importantes que hay en las filas ministeriales, haciendo en ellas el desgraciado papel de comparsas algunos jóvenes de claro talento, que parecían ganosos de fama, y que se dan por satisfechos con tener un racioncico en la nómina. El mismo Sr. Martínez de la Rosa estuvo muy por bajo de su justa reputación, siempre que, no por amor al ministerio, sino por cumplir con las prácticas parlamentarias, habló desde la silla presidencial como representante del gobierno vicalvarista.

El Sr. Mon, el niño mimado de la familia feliz, ha venido en posta para presentarse en el Congreso con la desconfianza propia de un joven que entra por vez primera en la representación nacional. El hombre que há mas de veinte años figura en primera línea, con razón ó sin ella, entre nuestras notabilidades parlamentarias, que llega á Madrid llamado por el

gabinete, aceptado, ya que no querido, por una mayoría inmensa, apareció ayer en el Congreso con un *vade mecum*, del cual no apartaba la vista sino cuando la memoria respondía generosamente á sus esfuerzos para repetir una por una las vulgaridades que había trazado sobre el papel.

«¿Es qué el Sr. Mon ha olvidado, durante su larga estancia en la corte imperial, las costumbres parlamentarias? Algo de esto podríamos sospechar, si fuésemos maliciosos, al oírle decir que en sus viajes por los países extranjeros ha aprendido que los pueblos deben tener una representación en el gobierno, lo cual debía saber S. E., como lo sabemos nosotros, sin salir de España; precisamente el Sr. Mon viene de un país donde no hay abierta cátedra de parlamentarismo, ni mucho menos. ¿Es qué el Sr. Mon quiere introducir en nuestro Parlamento la costumbre de leer discursos, anatematizada recientemente por el conde de Morry en el Cuerpo legislativo? No: el Sr. Mon, á pesar de su larga práctica, tenía que luchar con un obstáculo mas poderoso que todos los recursos oratorios, y desconfiando de sus fuerzas, había escrito de mala manera unos cuantos párrafos llenos de lugares comunes, sin oír ni sabor, como el gobierno actual. Y en verdad que era árdua empresa dirigirse á los resellados, que acababan de darle sus votos con el placer del que bebe una pocima, y, sobre todo, dirigirse á un Congreso obra del Gran Elector, mezcla confusa de entidades heterogéneas.»

El Sr. Mon ha escitado la risa de la mayoría, debiendo excitar su entusiasmo por el gobierno; pero ha conseguido conservar su autonomía para seguir en todos sus vuelos de mariposa al general O'Donnell, para sucederle el día menos pensado.

Damos gracias á *El Diario Español* por las benévolas frases que nos dirige en su artículo de ayer, y se las devolvemos con creces. Continuando la discusión que tenemos empezada con la templanza que deseáramos que respaldásemos en todos los escritos que publica la prensa periódica; pero al mismo tiempo, por la lealtad de que siempre usamos, daremos principio á nuestra réplica haciendo notar que, como de ordinario acontece, la polémica va estraviándose á pesar de hallarse todavía en su principio, porque lo que era fundamental, lo que constituía el tema esclusivo de nuestro primer artículo, es ya un accidente del que ayer nos dedica el periódico ministerial.

Nosotros hemos combatido ahora, como siempre, la política exterior del gabinete, calificándola de desahucada y fundándonos para hacerlo así, en que los resultados obtenidos en Africa y en Cochinchina, y en el sesgo que van tomando los asuntos de Méjico, los hechos no han respondido, ni responden á las justas esperanzas concebidas por el verdadero público, por el que no se interesa directamente en la caída, ni en la longevidad de los gabinetes, por lo que no pregunta el nombre de los ministros, y solo aspira á que sus sacrificios produzcan el mayor bien y engrandecimiento de la patria.

El Diario Español, antes de examinar las cuestiones de Cochinchina y Méjico, en los que especialmente nos fijáramos en nuestros últimos escritos, dedica una gran parte de su artículo de ayer á ponderar el mérito y la fortuna del actual gobierno, que ha elevado la nación, según él opina, á un grado de poder y de influencia antes no conocido. Confesando el órgano ministerial que á los resultados que ahora se tocan, han contribuido todos los partidos y todos los hombres políticos que han alternado en la dirección de los negocios desde nuestra última revolución, afirma, sin embargo, que los hombres que hoy ocupan el poder han contribuido á este desarrollo por sí solos tanto ó mas que todos los gobiernos anteriores juntos; y esta afirmación, si es natural en *El Diario Español*, no deja por eso de ser menos exacta.

Es verdad que durante la administración del general O'Donnell se han construido muchos kilómetros de carreteras; se ha extendido la red de nuestros

ferro-carriles; se han botado al agua algunos buques, y se han levantado cuarteles, fortalezas y otros edificios militares, perfeccionándose y aumentando el armamento de nuestro ejército. Pero, ¿se debe este progreso á las medidas económicas y políticas del gabinete? ¿Se ha aumentado nuestra producción y se ha desarraigado el comercio interior y exterior en términos que la riqueza pública haya alcanzado tal importancia que, sin aumentar la proporción del impuesto en sus diversas formas, dé lo bastante para sufragar esos grandes gastos y para hacer frente á las necesidades que surjan de esas mismas mejoras? Esta es la cuestión, y cuestión que, planteada tal como acabamos de hacerla, no se puede contestar afirmativamente.

El secreto de ese desarrollo que presentan los diarios ministeriales como el mayor merecimiento y como el título mas glorioso de esta situación, consiste en esa parte del presupuesto que llama extraordinario el señor ministro de Hacienda, para dar á entender que sus atenciones no se satisfacen con el producto normal de las rentas públicas, si no con el eventual, y por su naturaleza limitado, de las desamortizaciones civil y eclesiástica.

Prescindiremos, ahora, del mayor ó menor acierto que hayan tenido los ministros en la inversión de los capitales que pasan por mano del gobierno, en virtud de la desamortización, remitiendo á nuestros lectores á lo mucho que hemos dicho sobre maraña, cuarteles, etc., y que, sin duda, por ser incontestable, está todavía en su mayor parte incontestado. Solo diremos al *Diario Español* y á sus colegas ministeriales. ¿Les parece cosa extraordinaria y digna de elogio haber invertido en el desarrollo de ciertos ramos, grandes sumas que la nación tenía para otros fines en su poder?

Debe además advertirse que la desamortización no es un hallazgo; no consiste en gastar un capital que por este ó el otro medio ha llegado á manos del gobierno, sino un sistema de empréstitos que, según el modo de realizarlo que tiene el señor ministro de Hacienda, cuesta al país sumamente caro. Las reformas buenas ó malas, atinadas ó mal dirigidas que ha hecho el gabinete O'Donnell, están compensadas con la elevación de la deuda nacional, que al concluir el periodo de ocho años que se fijó para terminarla, se habrá elevado al doble de lo que importaba antes de empezarse esta operación.

Examinada la cuestión desde este, que es su verdadero punto de vista, la gloria de la situación se convierte en justo y merecidísimo vituperio, porque el aparente engrandecimiento de la nación, el desarrollo forzado y puramente artificial de nuestro poderío, se ha alcanzado á costa del porvenir de la Hacienda, como hemos demostrado en diversas ocasiones, es funestísimo, sin que basten á remediarlo la reforma del papel sellado, el rindimiento de la lotería, y otros arbitrios que dicen muy poco en favor de los conocimientos económicos del Sr. Salaverria, y alguno de los cuales ha dado ya ocasión á sucesos verdaderamente lamentables.

Como los órganos de la situación escusan entrar en debate sobre las graves cuestiones de Hacienda, no hemos podido nunca discutir con ellos estas, que para nosotros son verdades incontrovertibles; pero aunque tendríamos verdadero placer en tratar tan importantes asuntos con ocasión del presente debate, no en disculpa nuestra, sino de *El Diario Español*, que ha querido dar este sesgo á la cuestión pendiente, fijándose en su último escrito en el desarrollo que ha dado el gobierno á nuestros medios y recursos militares.

Volviendo al primer tema de estos artículos, diremos al periódico ministerial que si ni lo persuaden las razones que hemos manifestado para combatir la solución que se piensa dar á los asuntos de Co-

chinchina, mucho menos pueden persuadirnos las que él aduce. Si el número de nuestros soldados se ha reducido, eso no quiere decir mas sino que las ventajas que allí obtengamos deben ser menores, pero análogas á las que consiga el gobierno francés, que según las señales que vemos, desea apoderarse de todo el imperio de Anam. Nosotros no necesitamos allí tan dilatadas conquistas; pero lo que no es defendible, lo que repugna al decoro nacional, es que se nos pague con dinero la parte grande ó chica que tomemos en tales empresas.

Con respecto á Méjico, un deber de patriotismo nos impone una gran prudencia en estos momentos; pero díganos el *Diario* con la mano puesta en su corazón, ¿puede defenderse la conducta del gobierno en vista de los resultados que ya se tocan en este negocio? ¿Ha leído el periódico ministerial los despachos relativos á esta cuestión, que el gabinete inglés ha presentado á las Cámaras? No sabemos la impresión que en su ánimo habrán producido esos documentos; pero á nosotros nos han causado profunda amargura, porque se deduce claramente de su contenido que nuestros intereses van á ser lastimados en Méjico, desconocidos nuestros derechos y suplantada nuestra influencia por la de las potencias aliadas, rivales de España en esta y en otras cuestiones. Una de las notas de Lord Russell, es la declaración mas esplicita, de que si allí se levanta un trono no será para nuestra dinastía, pero se verá con buen semblante por la Gran Bretaña que le ocupe el archiduque Maximiliano. ¿Cómo dejaremos de creer en vista de tales cosas, que hemos ido tarde y mal á vengar los agravios que nos infliriera Méjico?

Si fuéramos á escribir todas las ideas que cruzaron ayer por nuestra mente al escuchar al Sr. Mon, no acabaríamos nunca; lo estábamos escuchando y no lo creíamos; nos parecía imposible que el ministro de España en Francia se aprovechara de la primera ocasión oportuna que se le presentaba para lanzar una censura terrible sobre el gobierno ante el cual está de embajador.

Nadie mas enemigo que nosotros del régimen dictatorial francés; amantes sinceros del constitucionalismo y de la verdadera libertad de los pueblos, mal podría nos no anatematizar todo gobierno que coarte todos aquellos legítimos derechos; pero, ¿cómo no estrañar las palabras del Sr. Mon? ¿Era a aquella ocasión para criticar á un gobierno amigo? ¿Era el señor Mon el llamado á hacerlo?

Lo confesamos ingenuamente: nunca hemos tenido una alta idea del Sr. Mon, pero jamás lo hubiéramos creído capaz de rayar tan bajo.

Un hombre político importante, un orador notable, puede hablar con mas ó menos acierto en una ocasión dada; pero ayer era para el Sr. Mon uno de esos días en que no cabía disculpa; después de tres años y medio de ministerio vicalvarista, se presentaba por primera vez en la representación nacional el jefe del grupo de moderados que apoyan al general O'Donnell; tiempo era de saber los pensamientos, las ideas del jefe de estos políticos que, pretendiendo monopolizar todas las virtudes cívicas del partido que en mal hora los ahijó en su seno, se han vuelto contra él, desgarrándolo sin piedad y labrando su fortuna sobre la desgracia de su padre.

¿Qué ha dicho por fin el Sr. Mon? ¿Cuáles son sus deseos, sus aspiraciones, sus pensamientos? He aquí lo que después de su desdichado discurso nadie sabe.

El Sr. Mon al fin de su carrera política vuelve de Paris sin saber hablar, sin saber leer, sin saber lo que quiere, ó mejor dicho, sin querer nada. ¿Y es este el hombre de pro, ante el cual humillais vuestras cabezas, este el hombre que os dirige, el que os manda, y es este el Mesías deseado? Vamos, cambiad de rumbo, sino queréis que se rian de vosotros, con razón, hasta los miseros resellados.

Hemos oído decir que los catedráticos de la facultad

FOLLETIN DE EL CONTEMPORÁNEO.

LOS DRAMAS DE PARIS.

POR EL VIZCONDE PONSON DU TERRAIL.

SEGUNDA SERIE.—TERCERA PARTE.

EL TESTAMENTO DE GRANO-DE-SAL.

—Escúchame, dijo Octavio: si te doy un excelente aviso.....

—¿Acercar de qué?

—Acercar de cosas que atañen á tu honor, mi querido Sr. Víctor.

—Tocóle á esta palidecer.

—¡Oh! ¡Oh! dijo.

—Y si te sacó á tí y á los tuyos de un mal paso, me concederás el permiso de cazar en tus tierras?

—Querido: como no veo que mi honor pueda correr peligro, te suplico.....

—¡Ta, ta, ta! dijo Cardassol: cuando llegan las desgracias, nos arreptamos de no haber seguido los buenos consejos.

Estas palabras exasperaron á Víctor.

—Vamos, dijo: ¿te explicarás? ¿Sí ó no?

—Según y conforme.

—¿Eh?

—Te hago juez y parte á la vez, y me atengo á tu buena fé. ¡Si el consejo que te dé te parece bueno, me permitirás cazar en tus bosques?

—Tu padre y tus criados tienen el sueño muy pesado.

Victor tembló.

—Y hay rondadores nocturnos que saltan las tapias de los parques.

—¿Qué quieres decir?

—Y que no es para cojer conejos, concluyó Cardassol con maligna sonrisa. Adios, te recomiendo que veles.

—¡Espera! le gritó Víctor.

Pero Cardassol desapareció en la espesura repitiendo: —Verás que mi consejo no es caro, caballero Víctor. Y acabó de desaparecer entre la maleza.

Victor de Passe-Croix, permaneció un momento inmóvil en mitad del camino, cual si se hubiese roto en él alguna cosa.

Puesta la mano en la frente, repitió muchas veces: —¿Qué ha querido decirme?

De pronto le ocurrió una idea; y debió ser muy terrible, muy angustiosa, porque bajó por sus sienas un sudor frío, al par que palidez y que un movimiento nervioso agitaba sus labios.

Luego espoleó su caballo, que partió al galope, y continuó su camino hacia los Rigoles.

Durante el trayecto no se atrevió Víctor á pensar en nada; tanto le había aterrorizado el pensamiento que le ocurrió.

Media hora después llegaba á la mansión de los Montalet.

El castillo de los Rigoles era un edificio construido durante el reinado de Luis XIII, con ladrillos colorados, como la mayor parte de los edificios que hay en la Sologne.

Dos grandes alamedas, una al Norte y otra al Sur, abiertas en el bosque, permitían divisar el castillo desde una larga distancia.

Cuando llegó Víctor á los Rigoles, iban á sentarse á la mesa.

opuesto de la mesa, se levantó, y acudió á dar á Víctor un apretón de manos.

Pero Víctor no había sentido nunca grandes simpatías por el huésped de los Montalet. Inspirábale esta una indiferencia que se aproximaba á la aversión, y por lo tanto acogió con frialdad sus demostraciones de aprecio.

—¡Vamos á almorzar al galope, señores! dijo el dueño de la casa.

—¿Por qué al galope? preguntó Víctor.

—Porque tenemos la tarea á una legua de aquí: porque se trata de un soberbio animal y habremos de cazarlo cuatro ó cinco horas, cuando menos.

—¡Ah!

—Y por qué, concluyó Amaury de Montalet, que remos comer temprano hoy, día de Saint Hubert.

—Sea y almorcemos, dijo Víctor. Y se sentó entre su amigo Raoul y un hombre como de treinta y seis años, que le era desconocido.

Este personaje, de fisonomía abierta, ojos azules y grandes, nariz acaballada, y boca aristocrática, agradó desde luego á Víctor. Nuestro héroe sufría esa imperiosa ley de las simpatías que parece revelar un mundo oculto é influencias inexplicables.

—¿Quién es ese caballero? preguntó á Raoul en voz baja.

—Un oficial de marina, amigo de mi hermano, llamado M. Roger de Bellecombe.

—¿Cree que le esperaba la semana anterior?

—En efecto.

Interia Víctor y Raoul cambiaban estas palabras, el oficial de marina, M. Roger de Bellecombe miraba á M. Alberto Morel con estraña tenacidad.

III.

Victor y Raoul hablaron en particular un momento; y después, como este cambiase algunas palabras con su vecino de la derecha, el oficial de marina y Víctor siguieron hablando.

—¿Os admira ese nombre? preguntó.

—Sí y no, contestó el oficial.

—¿Cómo es eso?

—Sí, porque ese caballero es parece extraordinariamente á cierta persona que he conocido en las colonias.

—¿De veras?

—No, si soy juguete de una simple semejanza, porque en tal caso ese caballero tiene el derecho de llamarse como mejor le cuadre.

—¿Y le veis hoy por primera vez?

—Sí, señor.

—Creeo haberlos oído decir que llegásteis anoche.

—Ese caballero se había acostado. Acabo de verle entrar, y se asemeja extraordinariamente á la persona de que he hablado. Sin embargo, me miró con indiferencia, y mi nombre, pronunciado delante de él, no le ha producido la menor impresión. En fin, ¿se llama Alberto Morel?

—Caballero, le dijo Víctor; soy marino, y por consiguiente habreis viajado mucho.

—He hecho dos veces el viaje alrededor del mundo.

—Por lo tanto habreis podido apreciar lo que hay de cierto en la opinion de que cada persona tiene su igual en el mundo.

—Mucho he oído hablar de eso, pero no he tenido ocasión de cerciorarme por mí mismo.

—En ese caso comprendo vuestra sorpresa cuando habeis creído reconocer á M. Morel.....

—A un hombre al cual he visto batirse en un duelo.

Cuando Víctor bajó las gradas del vestíbulo, miró por casualidad las botas y el barro que las cubria, y se estremeció.

—¿Hé aquí un barro, pensó, que solo he visto en el parque de la Martiniere.

—Vamos, Víctor: ¡á caballo! le dijo M. Montalet, padre.

Victor de Passe-Croix no se detuvo mas tiempo á contemplar las botas, y montó á caballo.

Partieron.

Segun lo habían anunciado los dueños de la casa, el punto de reunion para la cacería estaba algo distante, y era preciso marchar mas de una hora á través del bosque.

Sea efecto de la casualidad, sea que una vaga simpatía los uniese ya, el oficial de marina y el joven alumno de Saint-Cyr, pusieron sus caballos uno al lado del otro, y marcharon á retaguardia del pequeño grupo.

—¡Hola! exclamó el marino; puesto que volvemos á encontrarnos, hablemos si os parece.

—Y con tanto mas gusto, dijo Víctor; cuanto que ardo en deseos de saber la historia de M. Alberto Morel.

—Caballero, repuso el marino sonriéndose; si cada hombre tiene su semejanza, según creéis, es casi seguro que el nombre de ese caballero no es el del hombre que yo he conocido.

—No importa, repuso Víctor.

El marino dirigió al joven una mirada llena de melancolía.

—Sois muy joven, caballero, le dijo.

—Tengo diez y nueve años.

—Y solo conocéis la vida por el lado sério de los estudios, es decir, el mas frívolo, bajo el punto de vista de la experiencia y de las pasiones humanas.

—¡Oh! dijo Víctor herido en su vanidad; ¿quién sabe?

El marino se sonrió.

—¡Sabéis, dijo, que si lo que Dios no quiera! fuese M. Morel el hombre de que os he hablado, sentiriais hacia él una profunda aversión, luego que yo os haya contado su historia?

—Sea, dijo Víctor, cuya curiosidad crecia por momentos.

El marino y el futuro subteniente se habían quedado muy atrás del resto de los cazadores.

(Se continuará.)

